



No soy el príncipe Hamlet
y otros poemas

DOUGLAS BOHÓRQUEZ


ELPERRO
yLARANA

poesía



No soy el príncipe Hamlet
y otros poemas

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Douglas Bohórquez

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección:

Luis Lacave

Diagramación:

Ennio Tucci

Diseño de portada:

Greisy Letelier

Imagen de portada:

Fotografía de Rodrigo Benavides. Título: *Sombra elongada*. Caracas, 2018.

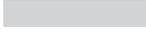
Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-5098-6

DL: DC2022001284

*No soy el príncipe Hamlet y
otros poemas*

DOUGLAS BOHÓRQUEZ



*Hamlet a su madre la reina:
Permite que el rey, hinchado con el vino, te conduzca
otra vez al lecho
y allí te acaricie, apretando lascivo tus mejillas
y te tiente el pecho
con sus malditas manos*

SHAKESPEARE

Asuntos

Nunca he tenido un buen sentido de orientación
constantemente me equivoco
pierdo el rumbo
aquella calle no es la calle de mi adolescencia
ni esta casa parece ser la casa de mis pensamientos
con frecuencia no sé a dónde voy
ni a dónde llego
ni cómo he venido a parar en estos asuntos.

Paraíso

Una sola vez en la vida
una vez
hablamos de aquella tierra
como una infancia pegada a los labios
tapiándonos las palabras
¿jugábamos?
¿o se incendiaba la vida contra nosotros?
alguien nos buscaba para ofrecernos una luz
o un pedazo de nada para escapar
después
madre dijo fue aquel perro
echando fuego por la boca
no más entonces volvimos a decir la palabra infancia
contra nosotros mismos
nunca más insultos
contra aquella tierra
nunca más perseguirnos contra la pared
o la mesa
como si fuéramos moscas
en el muladar
de aquel paraíso.

Lo que no he podido decir

1. El amor como una lengua salvaje y pura enredada entre mis labios.
2. El ritmo de aquella canción que no aprendí en mi adolescencia.
3. La agravación de la madre sin despedida.
4. Los pasos del baile como una oscura frase tropezándose entre los lazos de mis zapatos.
5. El atasco de estar vestido como un niño dócilmente enamorado entre las palabras de una costurera.

Caballo

Tengo que domar el irascible caballo
de la pena
ponerle disciplina de oscura oración
y agua
como un místico discípulo
ciegamente rebelde
y rabioso
en su lujurioso impulso de hosca virtud
y fiera pasión.

¿Quién será ese tipo de la foto?

Ese de la foto no soy yo. No me reconozco en ese tipo desgarbado, casi famélico, que ha perdido la fuerza de su juventud. Mi mujer dice que estoy pensativo, que siempre estoy pensativo, pero yo me veo como distante o distraído. En realidad no recuerdo en qué pensaba. Quizás en la playa. Pienso mucho en la playa, en esa fuerza y energía indomables de las olas y del sol. En el misterio de tanta agua capaz de devorarlo todo en un momento. Es una fuerza y extensión que me anulan. Nada puedo decir. Por eso, a lo mejor, pensaba en la muerte. También pienso mucho en la muerte. Pero a mi hija Verónica no le gusta que hable de la muerte. Y es verdad, quizás sea preferible callar. En el fondo, como ese oscuro suelo de la playa, se agita el miedo. Es ese mismo miedo que me hace hablar en los sueños. Mi mujer dice que grito insolencias. Es extraño. No me veo como un tipo insolente. Quizás insulto a mis fantasmas, como si quisiera dispararles para que de una vez por todas me dejen tranquilo.

Ese que está en la foto no parece un tipo insolente. Se ve más bien como apartado, como pensando algo que no termina de decir. ¿Quién será ese tipo de la foto?

Salvo la vida

A mi hermana Carmen, en su memoria

..ámbar mellado por la lluvia...

TONY RAFUL

Desde esta mesa con flores del páramo
esta mañana
pienso en mi hermana
flanqueada por la neblina
sabe que no volverá
a lo lejos se despide de todos
entra al avión definitivamente
un poco de luz filtra la claridad del día
hace languidecer la ropa en la cuerda
también yo miro quién soy
tengo trece años y todas las preguntas
tanta adolescencia me abruma
pero esta mañana escucho de nuevo a mi hermana
despidiéndose de este país
amo los mangos -dice-, las piñas, los plátanos, las guayabas
me crié entre estos árboles y estos sabores
nada tendré ahora
salvo el recuerdo
después alguien habló del viaje
hacia aquel desconocido país
sonaba optimista pero era difícil
tendría que atravesar fronteras
podría ser inesperado
vencer obstáculos: dinero, granizo, lluvia

algunos documentos
una nueva lengua
para decir el clima, cómo surge el amor
la amistad, la sensación de olvido
cómo amaneces tú
en la intimidad del frío
todo está quieto hoy todo trasluce
“ámbar mellado por la lluvia”
yo miro
lo peor ha pasado -dijo ella- sentada a mi lado
quizás vuelva algún día convertida en ave o mariposa
todo sería nuevo entonces e inevitablemente leve y
migrante
sin embargo
todo fue ayer, esta mañana
ninguna celebración hoy
salvo la vida.

Berlín, un domingo después

A mi hijo Gabriel

Ahora tú vives en Berlín y es verano. Seguramente paseas en tu bicicleta o vas solo a pie por alguna desconocida calle de agosto. Imagino que te sorprendió la extraña hospitalidad de las máquinas, el riguroso orden en que llegan y se despiden los trenes, el ajetreo de algunas palomas en Alexanderplatz, pero ¿hay insectos en Berlín? ¿Qué color tienen los días? ¿Cómo son las noches y las mañanas? ¿Con quién hablas o tomas el té en los mediodías? ¿Con quién sueñan las mujeres en Berlín?

Cuando llegaste nada sabías del frío y te sorprendió despertar solo entre hábitos y palabras ajenas. Te acompañaba el recuerdo de tu casa en la montaña, tus primeros pasos en el patio bajo la protección de tu madre y del gran árbol de mango, tus cumpleaños con algún payaso y caramelos y piñatas para tantos niños, ¿cuántos niños habías invitado? o cuando apenas gateando intentabas subir a los enigmáticos cuartos de arriba, hacia la insospechada biblioteca en la que preguntaste si podías aprender a volar. Más tarde me dijiste: fue bello padre, como aquel cuento de El Principito, pero el país, nuestro país, cómo lo han destruido, tuve que huir.

Ahora vives en Berlín y piensas en tu novia o en tus amigos de antes que contigo aprendieron a descifrar la vida, sí, aquella vida como una bella manzana girando en el porvenir de la noche. Entonces era el transcurrir de las primeras letras cabalgando hacia la cima de los cerros en aquella humilde escuela del pueblo. Todo fue lento y rápido como un huracán de la belleza envolviéndonos en su invisible trama azul.

Ayer Berlín era para ti una distante mañana fría, un tránsito hacia la flor y la lluvia. Hoy todo se escurre entre las piernas de las mujeres, los vasos de los bares y las palabras de los turistas que compulsivamente compran en las grandes tiendas y no miran el cielo, sí, el maravilloso cielo de Berlín.

Patria

En aquella época yo corría contigo
tras un objetivo
algunos le llamaban patria otros motín
otros revuelta
otros revolución
un ardoroso clima
nos enceguecía
compartíamos la maravillosa certeza de la luz
nos cobijábamos en los zaguanes de las casas
un viento feroz nos empujaba hacia el alba
locos de deseos por una caricia
afuera eran días de furia
caminábamos por algunas calles
pidiendo cielo
escribíamos en las paredes la palabra patria
de pronto alguien nos detuvo
contra la noche
era peligroso decir que amábamos
el porvenir.

Macuro

Nunca llegué a tus costas
pero amo la incierta resonancia de tu nombre
tamizado de mar, agua y sal
solo vi árboles y casas antiguas
a lo largo de la carretera pobres casas
que bordean tu soleado esplendor
no te conozco
pero apenas divisé tu lejanía
supe de algo oscuro y maravilloso
como aquel caballo de mi niñez
pequeño y hermoso
lejano
escapándose siempre como un sueño
como un pensamiento
difícil de decir
como la palabra Macuro que sabe a sal, a sol y tierra
a la palabra ausencia
pegada a la piel.

Oh el amor

Oh el amor
nos quedamos sin palabras
nos quema
nos desgarrar
tan bello era todo cuando niños
después crecimos en la libidinosa inocencia de mirarnos,
tocarnos, desearnos
oh el sexo
como miel envenenada
como mariposas heridas revoloteamos a su alrededor.

e-mail

Anoche recibí tu e-mail
donde por fin me dices que vives en una lejana ciudad del
sur
tanto tiempo con tu recuerdo, tus palabras
tu imagen, tus anécdotas
otra vez tu recuerdo pegado a mi inútil lengua de todos los
días
esperaba que por fin se desdibujara este maldito rencor
mientras tanto he encontrado nuevas amistades
una gatica en el pasillo del edificio donde vivo
un carpintero que ha construido una mesa para mi cuarto
en ella escribo estas palabras
pero poco puedo agregar a aquellas tardes en el café
cuando compartíamos opiniones, lecturas, besos y algunas
cervezas
“es ingenioso ese texto”, decías, interrumpiendo mi voz
ahora intento sustituir aquel placer por algunas caminatas
y por ciertas ocurrencias de famosos autores
dichas a veces entre los sorprendidos clientes de un bar
de esta lejana y desesperanzada provincia donde vivo.

Solo de labios

Agua y cielo la madre, lluvia. Placer. Succión. Llanto y risa por el placer. Leche derramada entre los labios de la loba. Solo gestos. Solo de labios. Entre la tierra y el cielo una hendidura para reptar. Como un animal entre los pequeños pies. Fuera del rectángulo del padre
Entre sus patas de liebre.

La vida según Marx

I

Nada habló el Sr. Marx de sus pasiones
ni de aquella tibia luz de la mañana
filtrándose ligeramente sobre la ventana
cuando se disponía a escribir El Capital
nada dijo tampoco
de su camisa de niño suavemente ajustada al frío
ni de la ternura de aquella maestra
mirando sus dibujos de casitas
un poco torcidas
con chimeneas echadas a perder.

II

Desde aquella extraña lejanía habló el Sr. Marx
aquella mañana en que recordó su primer amor
y como si fuera cierta la belleza
pensó
algo ocurre en el matiz del verde y azul
sobre la ventana
y entre tantas consideraciones sobre la economía política
volvió a pensar en su maestra
inclinada sobre sus piernas
exactamente bellas y verticales
como si fueran lejanas amistades
interpelando la materia de su anhelo.

III

Lo poco que sé sobre mi vida, recordaba el Sr. Marx
aquella mañana
sentado cerca de su escritorio,
apenas puedo decirlo
escapa a todas las miserias del capital.

Azuloso círculo del amor

I

Una bicicleta en el aire
bien arriba
pasea cerca de mi corazón
abajo
la tierra
como una cuerda tensa a punto de arder
apenas sostiene el bello cuerpo
de aquella adolescente oculta detrás de la hojarasca
de mi memoria y mis sueños.

II

Mientras cruzo y doy la vuelta
alrededor de la manzana
ella se asoma
pero la bicicleta quiere volar
dentro del azuloso círculo del amor.

Guitarra

Vivo en un pueblo llamado olvido
necesito
sobrepasar la altura
de estos recuerdos
para no volver a aquellos sábados
untados de alcohol y de guitarra.

Néstor

Néstor, mi hermano
fue como un relámpago en la ventana
de la casa familiar
una conmoción emparentada a un dios jubiloso y seductor
apenas lo veía cuando entraba por la puerta
joven y esplendoroso
venía de andar en fiestas
con mujeres leves y bellas como él
instantáneamente ardorosas
se divertía incansablemente
un día compró un caballo
y lo mostraba galantemente en reuniones de amigos
después se casó y tuvo hijos
y otra vez mujeres, casas, empresas, autos de lujo
hacía dinero a manos llenas
jugaba en los casinos como un rey
bebía el mejor whisky escocés
la fortuna le brillaba en los ojos
todo lo que tocaba lo convertía en oro
fumaba y cantaba
como un personaje de una gran película
me daba envidia la vida de Néstor
tan radiante
yo lo veía venir desde la calle
bello y simpático
como una estrella de Hollywood
hasta que un día me dijeron
Néstor murió

ya no lo verás más
se fue definitivamente
como un dios
como un astro consumido en su propio fuego.

Cariño

Alguien dijo dolor
y después se escuchó la palabra cariño
adentro se dejaba ver una sala
y más allá pinzas, jeringas, sondas
y una cama sola y unas cortinas
una tela en la ventana filtraba la luz
la poca claridad se esparcía entre las cosas
iluminándolas de un extraño resplandor
alguien dijo de nuevo dolor
nadie dijo nada
solo detrás una voz más baja
volvió a decir
cariño.

Fábula de Trujillo

Cielo y montaña
el viento
como un monje distraído
silba su levedad
ningún pasajero remonta la cúspide
nada se ve desde esta nada de dios
abajo
otro monje cruza la calle del pasado
como siempre
solo la lluvia canta
su insistente fábula de ayer.

Jardín de sílice

apenas memoriales donde hubo un aire libre

IDA VITALE

I

Hay un columpio en mi memoria
como un incierto dibujo en el paisaje
como un vestido desgastado
como un viejo barco balanceándose a estribor
después está la casa la antigua casa de la infancia
oscuro relámpago
veteado de lava y ardor.

II

Como un pájaro
viví allí
afuera
era aire tanta intemperie

III

yo esperaba la tarde
para saltar el muro
después
corríamos hacia la playa
jugábamos a ser felices
capitanes o piratas

detectives o criminales
éramos pequeños y perversos animales
librados al encanto de no tener prohibiciones

IV

¿naufragamos?
en mi memoria sobreviven unos restos de columpio
las escaleras que daban a la playa
y la promesa de amarnos furtivamente
contra todos los pecados

V

la casa
como un jardín de sílice
asolado por el deseo
apenas sobrevive
a la vergonzosa vastedad
de la numinosa infancia.

Especulación

I

Es perro y huele a sábado
canta el blanco en inciertos dormitorios públicos
mientras la vergüenza luce su altura
en domésticos patios de antiguas mansiones familiares
en los que el polvo dibuja sus lejanas pertenencias

II

Desde el lunes la incertidumbre muda su espanto
para otros días
el loro de la vejez silba su vieja canción italiana
y yo otra vez
discurro sobre mi ropa
mi atávico deseo de volar
el discreto placer de exhibir el fucsia
el blanco de ser
otro ninguno
sin embargo nada es como ayer en la corbata de mi sinceridad
expuesta a todos los vicios de la especulación.

Nunca dices la palabra amor

Nunca dices la palabra amor. Temes ser encantada. Por eso te prohíbes entregar tus demonios y ser gentil con tu falsa imagen de indomable ímpetu. Te quieres ver áspera y maligna, tenazmente poderosa, en extraña complicidad con la niña amante del padre ausente, deseosa de ser protegida contra los relámpagos que iluminaban tu pequeño cuerpo desnudo. Creciste en ese desamparo del frío y la lluvia. Pedías fuerza a los dioses para trasponer los límites de tu encierro, pero aún no escapas. Sigues temiendo quedar atrapada. Te entregas en furioso frenesí pero no amas. Te maltratas. Te recriminas cualquier gesto de bondad y de gentileza para ti misma, como secretamente reclamando la ternura que no tuviste.

Te has vuelto agria. Te has rodeado de una extraña coraza que te asfixia y enmudece. Buscas el padre que nadie es. Aquel señor un día se convirtió en viento y sol, en tierra áspera, horizonte y árbol. En esa infértil tierra temes tú también desaparecer. Por eso nunca dices la palabra amor.

Cantante

I

Soy el cantante en el bar del pueblo
tiernamente vestido en su traje usado
vivo entre imágenes ajenas y viejas canciones
impregnadas de una indecisa nostalgia y deseo
quienes me escuchan saben del amarillo
de aquella luz
por donde transita siempre una silueta
o un antiguo sombrero

II

desde su asidua lejanía
el bar se hace viejo
pero asciende lentamente hacia el domingo
como un naufragio al que todos piden la santidad
después
nadie sabe cómo sobrevivir
entre tantos recuerdos.

Cantar de ciegos

*-Gracias por llevarme a conocer el burdel, nibelungo... ¿Ya ves?
Ahora averigüé que el pecado y la depravación no están allí,
sino en otra parte*

CARLOS FUENTES

Camino fuera de mí como un vidente desconocido entre las calles y los portones. Busco un entusiasmo extraviado en la salinidad de estos días. Un poco de cielo quizás. Entro al bar para iniciar una ronda íntima. Aquí vivió ella -me dicen- como una inescrutable loba rodeada de fantásticos aparejos. Mirar su piel era cambiar de fortuna. Algunas veces se llamó dama de los escogidos, cantar de ciegos, fábula de los corazones o simplemente patio y árbol para acampar después del estribo. Busco entre sus viejos vestidos. Rasgo una impenitente codicia. Como nada encuentro escribo sobre las paredes, doy vueltas sobre mi pantalón y regreso al espantadizo portafolio de la costumbre.

Vergüenza

Casa de esquina y zapato, de repente lluvia, de repente azul. Tierra trenzada en la tierra. Dónde tu luz, pequeño monasterio de la vergüenza. Tanto cebarse en mí tu desprecio como la silueta de un dios iracundo. Pequeño alacrán del desierto, ahora naufragas en un tiempo detenido. Adentro la paz giraba como una silenciosa madeja del adiós pero tú desconocías la ruta. Afuera todo se agolpaba contra los perros, mientras tú meditabas en la piedad. Tu corazón como pasto de aves expuesto a tanta miseria. Centro y devastación de las aguas, casa de la castidad y la inocencia, alta lujuria, dime a dónde vamos. Casa de Asterión, pequeño monasterio de la vergüenza.

No soy un poeta importante

De vez en cuando me llega algún libro
una revista
o una factura de un banco
cobrando mis últimos consumos: agua, luz, electricidad
nunca me llegan muchos libros
ni cartas
pues no soy un poeta importante
y además
no mantengo correspondencia con otros poetas
ni hago secreta publicidad
de ese íntimo y despistado desconocido
que soy.

Distancia

Viajo fuera de mí
recorro largas y áridas extensiones
de una provincia devastada por el mar
pasan pueblos ciudades casas de viento
y playas
por mi vida
pueblos solos
como mujeres distantes
idas también
ajenas
sumergidas
en el puro azul de mi imaginación.

Viaje

En aquellos días yo estaba sumergido. De pronto tú dijiste sí, vamos, y surgió una luz, un parque, una calle con caballos y jardines para brindar. Para salir del fondo invoqué tu nombre. Te llamé playa, belleza, vino, piedra lunar, encuentro en un bar. De pronto dijiste aquí estoy y todo fue como la revelación de un nuevo cielo. Otro cielo y otra tierra habitados de una nueva inocencia, la sorpresa por fin descendida a la vida, algo así como una luna que se podía tocar. Muchos te acechaban mientras yo esperaba de ti solo una mirada, esa dádiva de los dioses llamada ternura. Era maravilloso despertar y saber que tú existías.

Un día viajamos por caminos rurales. Habíamos hecho planes para no distanciarnos pero al rato te vi pasar en otro caballo, con tu cabellera al aire, lejos de mí. Galopabas gallardamente, más allá del miedo y las prohibiciones. En algún momento nos encontramos. Entonces yo pedí algo de ti, quizá una caricia, algo de ese extraño y adictivo licor que era tu presencia, pero tú solo me diste un poco de agua salada. Casi de inmediato dijiste no, nada de mí, es tarde. Alguien como yo estaba solo otra vez, en medio del océano y la vergüenza.

La otra cara de la luna

Lidio con palabras que no me obedecen. Intento nombrar mi otra cara oculta detrás de inciertos gestos, ropas, restos de especies. La cara que veo con espanto entre la sombra de algunos días, la que no se deja lavar y vuelve siempre, maniáticamente, a sus viejos gestos. La del niño que amaba furiosamente a su madre y la miraba muerta en medio de la noche. Busco la otra cara: la mágica y repintona cara de la luna. Intento nombrar su extraña sonrisa teñida de rojo y malabar. Sí, la otra cara escondida entre parches de rotos vestidos por donde se desliza la vida: lo que no sé de mí y se agolpa detrás de tantas acusaciones tapiadas por la culpa o algún hueco por donde se hunde el amor y se escapa la luna. Busco. Intento sacar la cabeza para respirar afuera pero un viento sordo golpea mi descuido.

La parda montaña

Ser el súbdito de este aire
el brumoso paisaje de ayer
la pátina de un reino perdido
ser lo que no se es
la felicidad rozando su propio confín
la furia
de un toro alocado
como un dios fuera de sí
Dánae misma
tropezando
contra el olvido
ser
piedra otra vez
pájaro
aire contra el aire
un poco de sol contra la ventana
rasgando
la parda montaña.

Tardío corazón del cielo

Esa noche te llamé piedra lunar, elíxir de los impíos
refugio de los abandonados
un día después te busqué y no estabas
entonces pregunté por ti a las aldabas de la locura
y solo un sórdido rumor de casa sola y vacía
golpeó la tarde
afuera siempre fue diferente
tú podías ser ángel de la misericordia, botella rota o frase
entrecortada
mientras una luz se quemaba de pronto
en un inesperado amarillo de calle
increíble era todo si la noche clamaba
tras de ti vendría el bar, tus senos y el incandescente rumor
del puerto
pero aquel día tú no estabas
entonces supe que es colina encantada tu regreso
licor
desparramándose en fiestas y otra vez botellas
sobre el tardío corazón del cielo.

Migraciones

Soy el íngrimo migrante de la luz. Me llamo José Zapata y Bertha Manríquez. ¿Me dejarán vivir en la calle de los narcisos? Soy el hombre que arregla las cañerías y la meretriz que se desviste de rojo frente a su propia consideración. Vengo de un país golpeado por la locura. Soy todos los nombres que no tengo pero me llamo también Aníbal Rodríguez. Voy en el bus de los inculpatos orando la penitencia del calor. No sé a dónde voy.

¿Habrá vida después de la vida? ¿Seré atendido en todas mis peticiones? ¿Conoceré el rostro del imposible amor? El recién llegado que soy resurgirá en la melancolía para desaparecer después. Nadie sabe dónde están sus huellas.

Pedalear

Entonces yo era un niño y pedaleaba sobre los mediodías. Una vieja e invisible bicicleta era mi trampolín hacia el futuro. Viajaba. Era como navegar en el aire. De pronto podía ocurrir que alguien abría una puerta y un desconocido petaquín se desplegaba alrededor de la noche. Entonces un incierto habitante, fuera de sí, hablaba, pidiendo luz, contra el desprecio. Conversábamos. Sabía que otros partían mientras yo pedaleaba. Incesantemente pedaleaba. Contra los que me abandonaban. Contra los que pedían un vestido y me dejaban solo en medio de la noche. A lo lejos un elefante rojo cantaba una desesperada canción de amor. Yo la escuchaba e iba tras ella. Podía ocurrir también que alguien pidiera compasión y paz para continuar su ardua lucha contra los enigmáticos paraguas del bienestar y el placer. Hacia allá viajaba.

Otras veces por toda canción era solo un rumor. Nada me detenía. Simplemente pedaleaba. Podía abandonarlo todo por aquella extraña comparecencia, por aquella invidencia que era viajar, tan parecida a la luz.

Hacer el amor con Marlene Dietrich

Nunca conocí a Marlene Dietrich
pero aquella noche
en el cine de mi barrio
un pobre cine de provincia
yo tenía un ansia
entonces de pronto apareció ella
única y resplandeciente como un Ángel Azul
y cantó para mí
una canción de amor
yo estaba solo y tenía un ansia
de tal modo me sedujo
que suspiré por fin de tanto alivio
todo ocurrió en un cabaret
de aquella efervescente ciudad llamada Berlín
también ella me habló de su adolescencia desesperada
y de sus noches de insomnio
después recordó otra vez al Ángel Azul
sentía tanta nostalgia
fue como una escena de película secretamente deseada
nunca había hecho el amor con Marlene Dietrich.

Confusiones

Te hablé del alma y entendiste cuerpo
te hablé de la libertad pero imaginaste una casa
con vigilancia privada
te hablé del amor
e interpretaste matrimonio
ahora que tantas confusiones
se interponen entre nosotros y nos impiden ver más allá
la vastedad encendida
los restos de una memoria desdibujada
tus manos tu cuerpo tu boca tan locamente amados
¿recuerdas?
nuestros proyectos de vivir al margen de tanta urdimbre de
las cosas
ahora que ya no hay cielo y fiesta entre nosotros
solo restaría inventar otra vez el comienzo aquella playa
que nos prometimos
otras palabras también
para aclarar la borrascosa relación que nos ataba.

Filosofía

No aprendo de los filósofos. Leo a Aristóteles y no aprendo. Leo a Kant y no aprendo. Me cuesta razonar. Me desvío. Pienso en las novias que tuve, cómo las besaba, cómo entraron en mi vida y cómo se fueron, cómo las conquisté o cómo y por qué me abandonaron. Pienso en mis deseos y propuestas turbias, lujuriosas, libidinosas. Pienso en aquel niño que amaba impetuosamente a su maestra monja, la bella y misteriosa Sor Carmela. Todo esto pienso mientras leo a Heidegger y no entiendo. No me da centro la filosofía. Poco o nada me dicen los filósofos. Poco le dijeron a aquel adolescente extraviado en sus preguntas y deseos. Aquel adolescente que leía y leía para encontrar una respuesta, algo así como un mágico caballo que lo sacara del laberinto de sus fantasmas, sus voces interiores, sus terrores. Después miraba las nubes. Encontraba poesía en los extraños dibujos de las nubes. Formaban exóticos animales con los que intercambiaba preguntas, pensamientos.

Recuerdo un día aquella bella muchacha que conocí en el liceo. Era hermosa como una tempestad, como un furioso asalto de la imaginación. Me apaciguaba su conversación placentera, inteligente. Por fin encontré a Dios, me dije, puedo entender. Amé su impetuosa belleza. Fuera de ella todo era mentira. Jugábamos. Había en esos juegos una salvaje e ingenua combinación de perverso placer y melancolía. Pero cuando le pregunté por el atolondrado amor que me conducía a ella, no tuve respuesta. Dejé de leer a los filósofos y continué mirando las nubes. Era extraña aquella conversación con las nubes.

Dirección contraria

Mi lengua es mi pecado, mi insatisfacción y mi deseo. Me persigue la idea del exceso: digo de más, me equivoco, doy vueltas alrededor de nada. Hago preguntas indiscretas. Me gusta el revés de las cosas y las palabras. Si me dicen perro pienso en la lluvia. Si me dicen bestia soy un árbol que huye del verano. Voy al norte para encontrar el sur. Salgo al sol para mirar adentro. Sé que cambiar de dirección es como cambiar de nombre. Como un castigo es esta lengua absurdamente mecánica y melancólica, pegada a mis labios, contaminada de cerveza, esperanza y cenizas, siempre diciéndome lo mismo, asfixiándome de vergüenza cada vez que digo tierra, mujer o luna.

Desde ayer nadie habla de los cometas. Eso está de más, me dicen. Todos se ajustan a esa inservible exactitud de lo normal y todo sirve de hábito para cumplir la inescrupulosa cabalgadura de lo estipulado. Sin embargo, sé que los cometas refulgen desde la colina, en su inalámbrica conexión con la increíble cola del viento.

Cuando nací me dieron esta lengua de presidiario. Me asignaron tareas que no he podido cumplir, por eso voy en dirección contraria, señalando a los culpables en el ojo de la ventisca. Ya nada podré decir que tenga la inocencia de un hermoso día de verano. Será más bien relámpago toda la belleza que cabe en las entrecortadas palabras del incumplido.

Cambio de espacio y otra vez soy el niño al que prohíben hablar y castigan con las insoportables repeticiones de su sombra. Tienes la lengua sucia, me dicen. Repites lo que no

debes porque nada sabes del reino. Cuando hablas vuelves a lo exiguo, a esa extrema calamidad de la obligación y el cuidado. Desde entonces busco siempre la dirección contraria.

Rabipelao

I

Anoche apareció en mi casa un rabipelao
tuve miedo
había convivido con él y no lo sabía
¿por qué hui de sus pequeños ojos brillantes?
¿fue miedo o vergüenza?
quizás mucho nos parecemos
él intentando hurgar mi casa
y comer lo que encuentre
yo intentando huir de mi propio rastro, mis propios dientes,
mi propia cola.

II

Muchas veces lo había espantado
como se espanta un fantasma
entre los sueños
pero anoche estuvo de nuevo en la cocina
y comió mis frutas
y otra vez hurgó mis pasos
olió mis huellas
seguro conoce mis temores
mis inescrupulosas manías mis pequeños movimientos
la intimidad de los cuartos
otra vez me sentí perseguido
otra vez supe de mi pequeña y egoísta
condición zoológica.

Con un pie en el estribo

Con un pie en el estribo
regreso
cambio de lugar
camino
soy un adiós contra la ventana
un fragmento de hierba entre las patas de los caballos
nada me reconcilia con el estipulado animal que dice su
lengua maltratada
su falta de horario su falta de palabra
como una gallina ciega camino
bajo el resplandor de este cielo
busco una tierra invisible una mandrágora un pedazo de
sábado oloroso a mujer
con un pie en el estribo
recuerdo aquella mañana tan girasol
el impalpable desconocido que me interpela roza su
beneplácito se distrae en la sombra
mientras yo otra vez como animal contra sus patas cabalgo
entre oníricos eucaliptos.

Aceite rojo

I

“Del fondo del mar de la vida” –decía Pessoa– extraigo aceite rojo de mis labios para untar la rueda de fuego en la que se barajan mis días como un viejo lobo que desafía el fondo del odio

II

como una botella sucia y rota lanzada contra la vieja cara de todos los desperdicios así digo esta tarde en la que busco la indecible manera de conjurar ese polvo que borra la luz de Ofelia y como si fuera un fauno fuera de juego, enemistado con la claridad, dibujo un fragmento de tiernos labios de mujer sobre el rojo papel carmín de su inocencia

III

y recuerdo la silueta de aquella prostituta recostada sobre sus palabras como una baranda desajustada a merced del viento, de tanto mal carácter hastiada, de tanto agrio insulto de las puertas, a punto de abandonar su pequeño desastre de cosas y días y seres y noches mal alumbrados.

Cabrito

Ámame
como si yo fuera un pequeño cabrito
entre tus piernas
sobre tu cuerpo desnudo
un cabrito que necesita tu resguardo
ámame
como ese viento salvaje
que golpea las embarcaciones
en los puertos lejanos
ámame
obstinadamente
como una reina a su corona
como un emperador
a sus malditos esclavos.

Frontera

Maicao es un lugar de frontera. Quienes lo han visto saben que recuerda un crimen sin saldar, un animal desgarrado que deja ver sus vísceras, un salto al vacío. No hay plaza en Maicao. No hay flores. Solo hay polvo, sucio, grasa, mujeres que exhiben su impúdica vejez. Se va a Maicao a ofender, a pecar, a pagar una deuda con uno mismo. Algunas alcabalas indican el peligro, la falta de tolerancia, el reino de la desolación y la desobediencia. Antes de llegar a Maicao está La Raya. Allí comienza el descenso. Un aire de insolencia y subdesarrollo marca el camino, insubordina el alma. ¿Es la puerta del infierno? ¿Es el reino de la mercadería? Es la alta capital del desprecio. Cualquiera que vaya a Maicao sabe que no hay para dónde escapar.

Litoral

Con alguien que no existe discuto. Siempre discuto sobre la improbable frontera de estos días en la que pocos amigos persisten. Ningún rostro se asoma por el litoral, ningún nombre, ninguna bandera, solo gestos de un enigmático pasajero apoyándose en su pequeño paraguas.

De pronto algo gira en la mañana como un iluminado mástil invisible que golpea sobre la nostalgia y me convierte en un extraño sobreviviente de la vigilia. ¿Avanzo? No sé si avanzo entre mis antepasados o toco la luz de los maravedíes. No sé si despierto o regreso. A veces amanece lluvia sobre las tapias. Entonces este viaje este recuerdo de barco encallado en su salitre es nube es viento es solo aire de playa entre girasoles.

Ñángara

*¿Quién era el niño maltratado?
¿Y quién era el que maltrataba al niño?
¿Una persona adulta?
Y entonces, ¿qué persona era ésta? Todas estas
interrogantes recibían la misma respuesta:
“No sé”... pegaban a un niño.*

SIGMUND FREUD

Pegan a un niño. No soy yo. Es el niño. Desde aquí se escucha. Lo castigan porque ama furiosamente a su madre. Porque quiere su seno, su piel, su calor, su cuerpo. Porque quiere volver al vientre, a ese lugar imantado donde estaba, bello refugio contra la miseria y el ansia. Por eso chillaba. Porque no entienden que tiene hambre y tiene que chillar. Y otra vez lo vuelven a castigar porque ahora habla y dice madre padre perro chulo puto, porque ahora roba lo que no le dieron, porque es pecado no comer como Dios manda, no vestir decentemente, fornicar, desear la mujer de su vecino, tan bellos sus senos, su piel, su boca, su cuerpo y por eso le dice calladamente: tú eres mi obsesión, mi mejor fantasía, no me importa tanto castigo y tanto pecado y tanta policía, no me importa que otra vez me peguen, la cárcel, la insolencia, solamente quiero amarte de nuevo como si fuera el primer día cuando nací otra vez sobre tu seno y recordé que chillaba para que no me dejaran allí tan solo, como si fuera un residuo, un ñángara, un desperdicio, el mismo acusado de siempre, el mismo maldito expulsado de todos los días.

Rapsodia para Lezama Lima

Esta tarde cuando caminaba por la Isla vi a Lezama. Fue como una repentina iluminación. Cuando giré para hablarle ya no estaba. Desde su escapadizo rostro vislumbré a Narciso. Recordé sus palabras: “Narciso, Narciso. Las astas del ciervo asesinado/ son peces, son llamas, son flautas, son dedos/ mordisqueados”. Entonces supe una vez más que amó obsesivamente la belleza hasta verle sangrar la perfección de la “lengua alfilerada”. Amó también la Isla y su increíble tornasol de rojo tiburón nocturno. Hasta lo más hondo descendía para hablar de su giratorio deseo de la madre. “Deseoso es aquel que huye de su madre”. Dánae otra vez lo interrumpía “entre labios y vuelos desligados”. Todo es siempre nacimiento y luz, solía decir, resurrección. Ahora otra vez recordaba a la madre, la comunión y la casa como extraños viandantes cotidianos poseídos por el misterio del paisaje. Una pequeña cruz en el uniforme escolar. Una oscura frase de Pascal, el maestro Descartes otra vez rezongando contra la razón. Una iguana serpentea en las preguntas, dice el maestro, tantas preguntas. Entre ellas vivía. Puro trópico enredado en su deseo. Desde el sueño visitaba carámbanos, caracoles, lebreles. Con dificultad respiratoria recorría la Isla. Allí lo vi aquella tarde, fugazmente, cerca del malecón. Luego supe que le habló al doctor Angélico para proponerle ser ilustre guía de las ballenas que van a morir a la costa entre antílopes y serpientes “de pasos evaporados”. Pero el doctor le dijo no, prefiero ser el padre de los tristes toronjiles. Hoy vi de nuevo a Lezama cuando entraba por el zaguán de su casa. ¿Adónde va Maestro?, le dije. Hacia Dánae voy - respondió-, hacia Narciso.

Cambalache

Hay una unción de peces y una multiplicación de ríos de
santidad sobre los pequeños delirios esta mañana
hay un crecimiento desaforado del porvenir de las sillas
entre los descamisados
hay una estrepitosa caída de nubes
un paraguas floreciendo en pleno carnaval una monja
desnuda en medio de la calle un desprevenido parpadeo
girando alrededor de la mágica devoción de lo incierto
y después
como si fuera válido lo establecido
hay una estruendosa belleza del horóscopo prendada
a la duda de tanta inquieta
mansedumbre
ofrecida como cambalache al mejor postor.

Lentitud

Lento, siempre he sido lento. Lentamente he buscado el amor, despertando en su gozosa pausa hacia las cosas que me interesan: un zapato corroído, una camisa vieja que pide compañía, una novia abandonada por su amante, un turpial danzando para mí en medio del alborozado silencio de la mañana como si fuera un adagio de Albinoni. En esa lentitud de un tiempo trabajando las cosas he vivido y me he visto mudar de piel, de rostro, de gestos, como un actor que cambia de rol y de escenario, sorprendido en la lenta transformación de los hábitos. En esa lentitud algo destella como un pedazo de vida, como un traje usado abandonado a la sorpresiva lucidez de sus viejos encantos.

Lección

De niño pensaba que la poesía
podía ser una venganza
contra los que me humillaban
aquella novia por ejemplo
que me negó su amor
o el maestro que me interrogaba en público
la inútil lección de la gramática
me la pagarán, me decía, cuando sea grande
cuando sepa defenderme con mis propias palabras
aquellas que tanto escribí en mi viejo cuaderno escolar
para aprender a decir Helena
resplandeciente cuchillo de mi garganta
cuántas veces pronuncié
aquellos sonidos que nunca me pertenecieron
y me hacen confundir otra vez
la palabra amor con la palabra venganza
nunca aprendí la lección.

Tíbiri Tábara

Las luces rojas del Tíbiri Tábara
son como el amor de Adela
Adela es bella
como la flor del araguaney
una noche la conocí
lucía un vestido azul reluciente
ajustado a su cuerpo
bailaba sola
como embrujada en la música
desde lejos escuché aquella canción
era una canción de amor y desprecio
pero ella era la reina y bailaba sola
en la vieja pista del Tíbiri Tábara.

Río

Camino cerca del río. Sol entre los árboles. Pequeños insectos y pequeñas flores bordean la orilla. Hace calor. Me sumerjo y nado a contracorriente. Soy como árbol caído sobre el río. Difícilmente me desplazo entre algas, pequeños peces y restos de hojas. En pocos días seré, si persisto, otra piedra más, estallando en luz, contra los juncos del mediodía.

Como un incierto soliloquio de Hamlet

I

Digo esta extraña medusa en que se ha convertido mi corazón, esta manera de mirar lo que no soy, el equívoco disfraz de estos días, el incendio de este trópico estallando contra la cara, pura agua salvaje contra lo que ocurre lejos y a oscuras como si fuera otro país es decir la noche, un relámpago de desilusión convertido en una adolescente inevitablemente radiante y atractiva.

II

Otra vez vuelvo a amar las mujeres jóvenes, decía mi padre, no sé qué hice en aquel tiempo mientras cuidaba las cabras y miraba aquel resplandor del cielo. Aquellas plantas y pieles de animales exaltaban mis sentidos, la tierra misma de la que se desprende este olvido, todo tan cálido y azul como si fuera una inocente reverberación del ámbar.

III

No quisiera abandonar esta playa de puro infinito iluminada, estos días en los que no sé a qué hora es el viento tan delicadamente furioso y amenazador procedente del sureste y como si preguntara por el futuro todo el aire voltea contra sí y dice adiós a los pájaros. Pero el futuro no tiene importancia, insiste mi padre, mirando el horóscopo, después de todo solo importa este pedazo de sueño importunando mi cabeza como un incierto soliloquio de Hamlet.

IV

La belleza de ese ruido marino pudiera acompañarme toda la vida como un tótem, como una fiesta inacabable, como si fuera la bella adolescente que camina lejos de mí, siempre pensando en su mirada, su silueta de desnudez como pintura de Modigliani, un despertar furioso, inexplicablemente maravilloso y absurdo.

Caballito

Amo aquel pequeño caballo de mi infancia
que me regaló tanta belleza
quieto en su fragor
yo lo veía saltar
en su contenida fuerza
ay mi caballito azul
contra el tenue amarillo de la tarde
en aquella época soñábamos correr
él y yo
solos
como amigos
más allá de la tierra
más allá de la nubes
en la lejana frontera
entre los desfiladeros del sueño y la memoria.

Contrapaís

País del orgullo y la vergüenza, de la belleza y la miseria
país de santos y pícaros
del estruendo y el desorden
país al gairete hermoso como un desenfreno de locura
estoy hundido hasta el cuello de este país
no me puedo ir
estoy atado
como árbol a la luz
como músico a su violín
como el amante a su loco amor
como el asesino a su víctima.

Monte de Venus

Esa tarde habíamos ido a ver el verano, a captar el resplandor del sol sobre las hojas y en la piel de las cabras. Caminamos entre la hojarasca y el verde reluciente del valle. Tomamos vino. Nos detuvimos en un viejo hotel. No sabía qué iba a pasar cuando comencé a entrar y toqué algo extraño que sonó como un metálico timbre de voz. Pero no fue un ¡ay!, fue más bien un agudo sonido de trompeta nueva dispuesta a entonar otro acorde. Y así seguimos hasta avanzar al siguiente jardín detrás del misterioso fruto de la tierra prohibida.

Y después, por todo paisaje, una pequeña escena de circo.

No soy el príncipe Hamlet

No sé cómo decirlo. No tengo elocuencia: no soy el príncipe Hamlet. Ahora sé que la belleza no es la dulzura ni la bondad que me prometieron en mi infancia. Tampoco el tono admirativo de quienes guiaron mis primeros pasos. He perdido el camino de mis primeras palabras confundíendome con situaciones, objetos y lugares ruidosos y vulgares. Ya no sé cómo conducirme y cómo recuperar la esquiva gentileza, el equilibrio y la furtiva perfección.

Amé el esplendor de antiguos rostros, trajes y pinturas. Ellos pautaron mi semejanza con la fábula y la luz. He perdido la pertenencia a ese difuminado reino en el que detrás de una escondida senda serpenteaba un unicornio azul.

Parias

Nos trajeron aquí, a este país de nieve, para limpiar sus calles, para horadar la tierra, para cuidar sus casas, limpiar sus baños y sus jardines. Hemos vivido para obedecerles. Nada nos pertenece. Nuestra ropa es la vieja ropa de los señores. Nuestra voluntad es la voluntad de ellos. Nuestros deseos y nuestros sueños han sido conculcados. Hemos sido esquilmados, adentro incluso, en nuestros propios anhelos. Ahora nos dicen que debemos irnos porque somos negros, feos, sucios e insolentes.

El inestable equilibrio de las cosas

En aquellos días tú vagabas alrededor de mis pensamientos en una solitaria taberna, mientras yo intentaba relacionar la poesía y el arte de vivir. En esa ocasión, entre cervezas, me dijiste: no te equivoques, es solo un asunto de cariño. Otro día: quizás un vino. Todo ocurría en aquella solitaria taberna, entre sillas, mesas y viejas botellas vacías. Tú me hablabas de tus recuerdos de infancia, malos tratos de tu padre, dijiste, pero yo solo tenía preguntas: ¿Quién eres?, ¿De cuáles dioses eres mensajera?, ¿Por qué llegaste? Tantas preguntas, pensé después, se borrarán entre tantas frases pronunciadas sobre la belleza y la poesía. Más tarde reconociste, sí, la sublime necesidad de la imaginación. Y argumentabas: nada como vivir lejos, muy lejos de ciertas pertenencias. Y otra vez pensé, tantas frases hechas cubriendo nuestras vidas, como inservibles máscaras, impidiéndonos saber quiénes somos, sobrevolando nuestros rostros como pura escoria de los días. ¿Se disolverán en nuestros sueños y miedos? Sí, las necesarias preguntas estarán allí, entrometidas en nuestras sábanas, punzándonos, como terribles alfileres y fantasmas. Todo ocurría en aquella solitaria taberna, entre sillas, mesas y viejas botellas vacías.

Pero tú, como los peces voladores, surgías de pronto y te hundías en mis pensamientos. Eras como un viaje ebrio alrededor de las mesas y las cosas. Hacías maromas, pequeñas maniobras en torno a un mágico paraguas. Todo es como un circo, pensé. Yo era el único espectador. La alegría sobrevolaba la pequeña plaza del pueblo, hasta que finalmente dibujó una sórdida sonrisa como la de aquel

payaso visto en la mañana a la entrada del hotel. Entonces dijiste no, el mítico amor no, podría complicar el inestable equilibrio de las cosas.

Metamorfosis

Cada día ella era otra
a veces un velocípedo convertido en flor
otras veces olía a fresas desparramadas en el leve azul de
las playas
girando sobre mi pensamiento
como el recuerdo de un tambor de niño
cada día inventaba una nueva máscara de carnaval
ella siempre era otra resonando en mi memoria
tierra inesperada, caníbal rojo y triste, amordazado al aire
preguntándome por qué la brisa
nada diré de sus senos tan lujuriosos como un vórtice de
furia
ayer ella sobrevivía como un paraguas roto en medio del
relámpago
hoy es un barco de papel en medio de tantas furias
un pedazo de cielo
inquieta levedad del mar.

Máscaras

...el más inocente de los menesteres

HÖLDERLIN

1ª escena

Cuando dije máscaras amaneció junio
en el origen de todo fue el alcohol
el alcohol madre pido perdón
ya nada puede ser verdad y todo es cierto como la pintura
de un loco, dijiste
puro lápiz labial para la enamorada demencia
de ser actor
de llevar máscaras como si fuera un don o un crimen el
más inocente de los menesteres

2ª escena

Hoy es de nuevo junio
olvidamos nuestros viejos papeles
mi madre pinta su cara mientras yo duermo
cambiamos belleza por lujuria, personas por palabras, dice
todo por habitar este espurio reino de la insolencia y el
placer.

El equilibrista

I

Esta hoja sobre la que digo viento fue ayer piedra dormida sobre la furia de lo desconocido. Nada me reconcilia con el orden. Definitivamente he perdido la capacidad de hablar adecuadamente. Se trastocó el equilibrio que me mantenía atado a las conveniencias y eso que llaman el sentido común trastabillea permanentemente entre mis dientes. Cuando he querido recobrar el hilo de lo normal un fugaz pero pertinaz sentido del absurdo golpea mi gramática.

II

¿Cuál gramática, me digo, si ahora la fantasía cabalga sobre el relámpago de mi memoria? Pienso en los astros confundiendo el equilibrio del universo. Nada se sostiene por sí mismo. Nada es nadie en la noche de las botellas rotas. Sí. Al borde de esta ventana, veo el desfile. A lo lejos Ofelia camina hacia un bar. Desciendo. Un insistente ardor ilumina mi travesía sobre la cuerda floja. Soy tenaz frente a todos los espectáculos. Amo el circo cuando iluminan arriba a la bailarina. Es toda una revelación esa bella locura de caer contra uno mismo, de saber que Ofelia fue una vez un límite del sueño. Breton tenía razón cuando pidió joyas de ahogadas para no sucumbir al orgullo. Entonces una banderola de carmín le fue dada para reordenar el mundo. Ahora estoy en el circo. Un perverso payaso anuncia a los elefantes, pero es Ofelia quien comanda la cabalgata. De

pronto digo mar y un caballo azul irrumpe en la escena.
Salgo de nuevo a la calle y veo por fin a mi novia robada
galopando en el cielo de este extraño suburbio.

Protesta

Vine a protestar porque ya no te veo, porque nada es como antes, porque de pronto todo cambió entre nosotros y me dijiste: ya no es lo mismo. No sé qué ocurrió en ti o en nosotros, ¿se produjo una mala posición de los astros? ¿Cambió la dirección del viento? ¿Se confundieron los elementos? Nunca interrogué tus propósitos, nunca supe a dónde querías ir. Yo simplemente me limitaba a seguirte, como la purísima aparición de la belleza, como un militante de la esperanza obsesionado por tu cuerpo y tu imagen. Esa imagen de tus vestidos, de tus gestos, de tus palabras que ahora da vueltas en mi cabeza y me lleva a los lugares de antes, un bar, una tasca, una taberna donde solíamos hablar y tomarnos una cerveza o un whisky. Después llamé por teléfono y no respondiste. Te busqué por las plazas, por los parques, por las calles que solíamos recorrer. No te encontré. Por eso vine a protestar. Porque no es justo perderte, porque no puedo quedar al garete, varado en medio de este océano de mentiras en que se ha convertido la realidad. Es como si hubiese ocurrido una intempestiva interrupción de aquel viaje que nos conduciría a una paradisíaca isla. Me quedé a oscuras dentro de mí. No supe qué hacer: me quedé sin aire, sin cielo. ¿A quién buscabas? ¿Te equivocaste de ciudad, de persona? ¿No era yo entonces el capitán de tus vastos dominios? ¿A quien decías que amabas? ¿Fue un error encontrarnos? Yo, por el contrario siempre supe que tú eras mi tabernáculo y mi alfabeto, mi lengua por fin salvada, mi mítica Manoa.

Pero de pronto un día dijiste: soñé a mi madre lavándome la sangre, y ya eras otra, decías otras palabras, tenías otros gestos, vestías de otra manera. Sin embargo yo seguí aferrado a tu imagen y por eso tu ausencia ahora es como la noche de los fusilados, como la delación de una revuelta, como la caída del reino. Se rompió el puente que nos unía y yo quedé como ropa sola, protestando en la calle, del lado de la jauría.

Índice

Asuntos	9
Paraíso	10
Lo que no he podido decir	11
Caballo	12
¿Quién será ese tipo de la foto?	13
Salvo la vida	14
Berlín, un domingo después	16
Patria	18
Macuro	19
Oh el amor	20
e-mail	21
Solo de labios	22
La vida según Marx	23
Azuloso círculo del amor	25
Guitarra	26
Néstor	27
Cariño	29
Fábula de Trujillo	30
Jardín de sílice	31
Especulación	33
Nunca dices la palabra amor	34
Cantante	35
Cantar de ciegos	36
Vergüenza	37
No soy un poeta importante	38
Distancia	39
Viaje	40
La otra cara de la luna	41

La parda montaña	42
Tardío corazón del cielo	43
Migraciones	44
Pedalear	45
Hacer el amor con Marlene Dietrich	46
Confusiones	47
Filosofía	48
Dirección contraria	49
Rabipelao	51
Con un pie en el estribo	52
Aceite rojo	53
Cabrito	54
Frontera	55
Litoral	56
Ñángara	57
Rapsodia para Lezama Lima	58
Cambalache	59
Lentitud	60
Lección	61
Tíbiri Tábara	62
Río	63
Como un incierto soliloquio de Hamlet	64
Caballito	66
Contrapaís	67
Monte de Venus	68
No soy el príncipe Hamlet	69
Parias	70
El inestable equilibrio de las cosas	71
Metamorfosis	73
Máscaras	74
El equilibrista	75
Protesta	77

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

No soy el príncipe Hamlet y otros poemas
Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas, República Bolivariana de Venezuela



La poesía de Douglas Bohórquez se destaca dentro del panorama literario venezolano como una sólida propuesta que el autor ha venido edificando con constancia desde su primer libro *Vagas especies*, de 1986. En su obra el autor combina diversas tradiciones formales y estilísticas para darle forma a una voz poética donde la evocación y la nostalgia, lo cotidiano y lo social, lo onírico y lo fantástico, se funden en un discurso con personalidad definida, donde también hallan cabida la fuerza avasallante de la pasión amorosa y la introspección propia de la reflexión existencial madurada conscientemente.

En *No soy el príncipe Hamlet y otros poemas* el poeta apela al célebre personaje de Shakespeare como motivación para retomar sus temas, obsesiones y visiones, valiéndose para ello del verso y la prosa poética por igual.

DOUGLAS BOHÓRQUEZ

(Maracaibo, 1951) Doctor en Semiología por la Universidad de París VII Denis Diderot, y Licenciado en Letras por la Universidad del Zulia. Es profesor titular jubilado de la Universidad de Los Andes, y ha sido invitado como docente en prestigiosas universidades latinoamericanas y europeas. Además de la poesía ha cultivado el ensayo literario, especializándose en el estudio de la obra de varios escritores venezolanos.